



Semblanza del Siervo de Dios Ernesto Cofiño (1899–1991), padre de familia numerosa, médico pediatra guatemalteco, primer supernumerario del Opus Dei en Centroamérica.

José Miguel Cejas, Doctor en Ciencias de la Información. Escritor.

Introducción

He escrito varias semblanzas y biografías sobre médicos santos o fallecidos con fama de santidad: sobre la médica italiana canonizada Gianna Beretta Molla; sobre Giuseppe Moscati, un médico italiano, célibe, nacido en 1880 y canonizado por Juan Pablo II en 1987, sesenta años después de su muerte, al que se venera en la iglesia de los jesuitas de Nápoles.

Mi última biografía en este sentido fue sobre Ernesto Cofiño, un pediatra que nació en el último año del siglo XIX y que falleció hace quince años, en 1991, a finales del XX.

Tres años después de su muerte, me hablaron de Cofiño en los ambientes más pobres de Centroamérica, en concreto, en el medio indígena cachikel y quetchí del Altiplano guatemalteco, donde yo dirigía algunos proyectos de cooperación internacional. Encontré los frutos de su trabajo en las zonas más necesitadas de Guatemala, Honduras y Nicaragua, entre las diversas gentes a las que promovió humana, profesional y espiritualmente.

Intentaré esbozar brevemente su figura.

Formación

La familia Cofiño sufrió los excesos de la dictadura de Estrada Cabrera, que el premio Nobel Miguel Ángel Asturias –amigo y compañero de clase de Ernesto Cofiño– retrató en su novela *El Presidente*. Huyendo del dictador, el joven Cofiño se estableció en Francia, donde estudió Medicina tras la Primera Guerra Mundial.

Fue el primer guatemalteco y el segundo centroamericano de la historia que ganó las oposiciones para *Interne* de los Hospitales de París. Trabajó durante años con figuras relevantes de la pediatría francesa de su tiempo, como Hutinel y Mozer. Su maestro y director de tesis –y con los años, su gran amigo– fue el conocido pediatra judío Robert Debré.

Colaboró con Debré en el *Hospital des Enfants Malades* y la Facultad de Medicina premió su tesis doctoral con la Medalla de Plata.



Comienzos de la vida profesional

En 1929 regresó a Guatemala, y tras superar unos duros comienzos profesionales, se incorporó al claustro académico de la Facultad de Ciencias Médicas de San Carlos.

Pocos años después, en 1936, se convirtió en el primer catedrático de Pediatría de su país. Supo formar, a lo largo de su vida –con un alto nivel de exigencia y rigor–, a numerosas generaciones de pediatras y se le considera el impulsor de la moderna Pediatría en Guatemala..

En 1933 se casó con Clemencia Samayoa, una joven maestra de Quetzaltenango, mujer de profundas convicciones cristianas que tuvo un papel decisivo en su vida, tanto desde el punto de vista afectivo y espiritual como profesional. Su esposa le secundó activamente en todas sus iniciativas asistenciales y sociales, y fueron profundamente felices en su matrimonio. Viven en la actualidad sus cinco hijos y sus 21 nietos.

Durante su larga vida trabajó en diversas instituciones guatemaltecas como la Casa del Niño, la Sociedad Protectora del Niño o el Hospital de San Juan de Dios, con un afán renovado de actualización. Fruto de ese afán fueron sus estancias en universidades extranjeras como Duke University, Mayo Clinic o Minneapolis y su participación en numerosos congresos internacionales.

Fue Director de la Lucha Nacional contra la Tuberculosis; delegado de Guatemala para el Instituto Interamericano del Niño durante una década; socio fundador y Primer Presidente de la Asociación Pediátrica de Guatemala. Introdujo en su país la Vacuna de Calmette y Guerin, que trajo del Instituto de París, y a lo largo de su ejercicio profesional recibió múltiples reconocimientos y condecoraciones. Fue nombrado, por ejemplo, Oficial de la Legión de Honor de Francia y la República guatemalteca le concedió una de sus más grandes y preciadas distinciones: la Medalla de la Universidad de San Carlos.

Tuvo una especial preocupación por el mundo indígena, que sufría –y sigue sufriendo– carencias e injusticias de todo tipo. Durante muchos años, con gran espíritu de sacrificio, robándole tiempo a su descanso, impulsó el Sanatorio Antituberculoso Infantil de San Juan Sacatepéquez, en una zona indígena de gran pobreza y falta de recursos. En ese tiempo, comentaba uno de sus colaboradores, "no había nadie en el mundo indígena que no conociera al doctor Cofiño".

Director del Hospicio nacional

En 1951 el Presidente Jacobo Arbenz, en un momento de grave crisis y fuertes confrontaciones políticas, buscó un médico de prestigio para hacerse cargo del Centro Educativo Asistencial –llamado entonces Hospicio Nacional– que se encontraba en el centro de una polémica social de gran alcance. Se necesitaba un médico que fuese admirado y respetado por personas de los ámbitos



ideológicos más dispares. Todos coincidieron en el mismo nombre: el doctor Ernesto Cofiño, un médico que tenía siempre los brazos abiertos a todos, y que jamás hacía distinciones políticas de ningún tipo.

Cofiño aceptó el cargo para colaborar en la paz social. Como director del Centro Educativo Asistencial puso en marcha numerosas iniciativas a favor de los niños y creó talleres profesionales, servicios médicos, Escuelas del Hogar, etc., acabando con las discriminaciones, lacras y abusos existentes.

Se adelantó varias décadas a la mentalidad de su tiempo en diversos campos, como la adopción de huérfanos, la creación de jardines de infancia, la puesta en marcha de medidas para integración de jóvenes marginados y de centros para la atención de mujeres desvalidas y maltratadas.

Trabajó activamente, además, en proyectos sociales de prevención de la criminalidad y drogadicción juvenil. No dispongo de tiempo para dar noticia a las iniciativas de todo tipo que promovió, respondiendo personalmente como cristiano, como profesional de la medicina y ciudadano, a los sucesivos retos y necesidades de la sociedad y la época que le tocó vivir.

Aunque había recibido una formación cristiana muy deficiente y fue acercándose progresivamente a Dios gracias a su mujer y a su encuentro cotidiano con el dolor. Su encuentro con el Opus Dei se produjo gracias a su antigua amistad con Mons. Rossell, Arzobispo de Guatemala.

Fue el primer miembro supernumerario de Centroamérica de esta institución de la Iglesia y se desvió por atender a las necesidades de la Iglesia local, con un fuerte sentido de comunión eclesial.

A partir de su entrega a Dios en el Opus Dei a los 57 años, intensificó su trato con Dios en la oración y en la Eucaristía, que recibía diariamente; creció su devoción a la Virgen; hizo publicaciones para fomentar el rezo del Rosario; difundió las enseñanzas del Papa; y puso en práctica los principios de la Doctrina Social de la Iglesia promoviendo iniciativas sociales de todo tipo a favor de los más necesitados.

Tras su jubilación

Tras su jubilación como médico y profesor universitario, fue director, durante varios años, de Cáritas de Guatemala, en la que organizó la distribución de alimentos entre los barrios más pobres en momentos críticos de la vida del país. Se calcula que su trabajo benefició a unas 90.000 personas.



El motor de sus actividades fue siempre el amor a Dios. Escribía, pensando en los pediatras, sus colegas de profesión:

que Él sea nuestro guía, nuestro Oriente, nuestro sostén, y pensemos realmente que esas criaturitas, lastimadas por la vida, por la miseria, por el abandono, son su propia Imagen que se repite como en un espejo de mil facetas en todo ser que sufre.

Su lema era **hoy, ahora**. Tenía un carácter humilde, sencillo, emprendedor, dinámico y fogoso; siempre alegre y optimista. Luchaba con sencillez contra sus defectos y vivía con pasión el presente, con la mirada puesta en el Cielo.

Tengo un amigo en Miami –contaba–, un médico brillante que piensa que no va a morir, o si lo piensa lo ve como algo muy lejano. Le envié el folleto titulado *Más allá de la muerte* y le dije: *...prepárate para morir y no para recibir homenajes*.

Yo me preparo viviendo cada día como si fuera el último de mi vida, de manera que cada actividad la desarrollo lo mejor posible, ofreciéndola al Señor. Por nuestras obras nos juzgarán y no por los puestos importantes o títulos que hayamos acumulado.

Uno de sus grandes empeños fue el Centro Universitario Ciudad Vieja, del que fue Rector desde 1968 hasta su muerte. Gastó sus mejores energías para que este Centro fuera un foco de cultura, en el que se formaran generaciones de universitarios con una visión cristiana de la existencia, en un clima de responsabilidad cívica, tolerancia, educación para la paz, amor a la libertad y respeto por los derechos humanos.

La vida no le ahorró penas ni sufrimientos. Acogió con serenidad y sentido sobrenatural la temprana muerte de su esposa en 1963, tras una dolorosa enfermedad. Conoció la ingratitud y la difamación: determinados sectores políticos, por ejemplo, le acusaron de comunista por haber sido nombrado director del Centro Educativo Asistencial por el Presidente Arbenz y por haber atendido médicamente a sus hijos, sin haber hecho distinción de personas por motivos políticos.

Su afán evangelizador le llevó a acercar a Dios –comenzando por sus hijos, yernos, nueras y nietos– a miles de personas de los más variados ámbitos sociales. Muchas personas, movidas por su ejemplo, comenzaron a vivir coherentemente su vida cristiana o se convirtieron a la fe católica, como una de sus nueras.

Era amigo de personas de todo tipo, sin distinción de credos ni culturas, con un hondo sentido ecuménico. Uno de sus grandes amigos fue Samuel Camhí, un empresario judío de raza y religión, que colaboró generosamente con algunas de sus iniciativas educativas y humanitarias, como los proyectos Kinal y Junkabal, dos escuelas de formación profesional en la zona más pobre de la ciudad de Guatemala.



Su temple cristiano como testigo de la Fe se manifestó especialmente en los trances dolorosos de su vida, en la que no faltaron secuestros e intentos de asesinato.

Llevó a cabo, día tras día, hasta los noventa y dos años, llegando muchas veces al límite de sus fuerzas, una intensa tarea de recristianización y promoción social.

A los ochenta años se puso a liderar un movimiento provida, defendiendo la vida humana en los altos foros legislativos de su país.

Y al filo de los noventa, además de vivir un intenso plan de vida cristiano y cumplir con sus obligaciones familiares, hacía varias gestiones apostólicas todas las mañanas y tres o cuatro tardes a la semana daba clases de formación cristiana a personas de muy diversas edades. Incluso sacaba tiempo para un rato de deporte, porque pensaba que debía estar en buena forma física para cuidar de los demás.

En sus clases, círculos y cursos de formación cristiana, hablaba de la necesidad de santificar la vida cotidiana.

Explicaba, siguiendo las enseñanzas de san Josemaría, fundador del Opus Dei, que el trabajo santificante y santificador es aquel que llevamos a cabo con todo amor, con entusiasmo y con empeño de perfección: hacerlo cada día mejor, cada día más acabado, volver la cosa más insignificante un acto profesional.

El trabajo –decía– debe de estar íntimamente mezclado, unido a la oración para que en realidad se transforme en oración. Y esto lo lograremos cuando cada trabajo se lo ofrecemos a Dios.

Si nos sale bien; dar gracias a Dios. Si nos sale menos bien o mal, no desesperarnos sino poner todo empeño para que la próxima vez nos salga mejor.

Aceptó con alegría las penalidades de su última enfermedad, un cáncer de mandíbula, procurando hacer felices a los que le rodeaban. Durante las últimas semanas de su vida, ya muy imposibilitado, su único deseo era recibir la Eucaristía y seguir haciendo –de forma lo más discreta posible– donativos y obras de misericordia con las personas necesitadas.

Falleció en su domicilio, con fama de santidad, el 17 de octubre de 1991.

El 31 de julio de 2000 tuvo lugar en la Ciudad de Guatemala la Apertura del Proceso Diocesano de su Causa de Canonización, que concluyó el 5 de abril del 2001. En la actualidad numerosas personas de diversos países se acogen a su intercesión.